

Participad de los padecimientos de Cristo

Cierto grupo religioso de Filipinas tiene una interesante costumbre, de la cual es probable que usted haya leído en el periódico. Para la Semana Santa de cada año, algunos de sus miembros llevan cruces atadas a sus espaldas, y los demás forman una procesión detrás de ellos. Al llegar a cierto lugar, los que llevan tales cruces son literalmente clavados a éstas y elevados por algunos momentos en el aire. Es obvio que los que tal hacen son sinceros, pero estoy seguro de que la frase que dice «participantes de los padecimientos de Cristo», significa algo totalmente diferente. El hecho de que los cristianos participen de los padecimientos de Cristo, en el sentido que los cristianos de 4.13, lo hicieron, significa que ellos viven y enseñan como el Señor vivió y enseñó.

NO OS SORPRENDÁIS DE LOS PADECIMIENTOS (4.12–15).

De las cuatro referencias explícitas que hace Pedro, al padecimiento de sus lectores (1.6–7; 3.13–17; 4.12–19; 5.9–10), la descripción de 4.12–19, es la más vívida. Para explicar el repentino cambio de tono y de tema que se da en el versículo doce, algunos han llegado al extremo de decir que Pedro había escrito su carta hasta 4.11, y luego la puso por ahí, tan sólo para regresar a terminarla más tarde, después de haber recibido noticias de una intensa ola de persecución. Sea cierto o no lo anterior, lo cierto es que la doxología del versículo once, sustenta la idea de un rompimiento del hilo de pensamiento entre los versículos once y doce.

Los métodos y los medios cambiarán, pero dondequiera que haya gente que seriamente se proponga enseñar y vivir como Jesús enseñó y vivió, la persecución inevitablemente seguirá. Pablo fue explícito en 2^a Timoteo 3.12: «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución». Qué gran paradoja que el

Príncipe de Paz dijera: «¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra? Os digo: No, sino disensión» (Lucas 12.51). Pedro les dio a sus lectores un consejo práctico, el cual les puede servir de valioso recurso a todos los cristianos que deban sufrir por confesar que Jesús es el Cristo.

Las tribulaciones son de esperar

No hay razón aparente por la que los cristianos deban ser acosados o menospreciados. En el mundo de la Asia Menor del primer siglo, los hombres y las mujeres habían aceptado a Cristo de buena fe. Ellos creían que Él es el Hijo de Dios; habían hallado personas que los apoyaban y los alentaban en su fe. Procuraban tratar a todos los hombres como hermanos, abstenerse de pecados que llevaran a la autodestrucción y la disolución, criar a sus familias bien, y ganarse un sustento honrado mediante el trabajo arduo. No tenían razón alguna para esperar ser perseguidos. No podían entender por qué esto estaba sucediendo. Pedro no les dio una verdadera explicación; simplemente lo calificó como una realidad inevitable (4.12).

¿Por qué fueron perseguidos los cristianos de los primeros siglos del imperio romano? Por más de cien años los eruditos han escrito volúmenes enteros sondeando los escritos antiguos en un esfuerzo por responder tal pregunta. Sólo una parte de su propósito han logrado. Algunos se opusieron al cristianismo porque éstos trataban de ganar adeptos. Un autor del tercer siglo, llamado Orígenes, escribió una obra para responderle a cierto Celso, que era un implacable enemigo de los cristianos. La obra de Orígenes ha sobrevivido, pero de lo escrito por Celso, sólo conocemos largas citas que Orígenes consigna. Celso describía a los cristianos como «obreros de la lana, zapateros remendones, lavadores de ropa, y patanes de los más analfabetos y bucólicos». Decía

que atormentaban a «los niños en privado y a algunas mujeres estúpidas con éstos», en un afán por convencerlos de que ellos sabían cómo vivir. No hay duda de que a Celso se le unieron otros en la crítica y persecución de los cristianos, pues estimaban que éstos eran perjudiciales para la vida familiar y trataban de convencer a niños inocentes y a mujeres ingenuas de confesar a Cristo.

Los incrédulos pudieron haber tenido otras razones para odiar a los cristianos, pero lo cierto es que una importante razón fue que sencillamente éstos eran buenas personas. Los pecados de los que mienten, roban, y normalmente injurian a sus semejantes, parecen menos excusables, cuando se contrastan con vidas de rectitud y pureza moral. Juan se refirió brevemente a una importante razón por la que los cristianos de todos los períodos han sentido la ira de los impíos: «No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa la mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano justas. Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece» (1^{era} de Juan 3.12–13). Cuando los cristianos defienden firmemente el estilo de vida que Jesús vivió, no debían sorprenderse cuando las pruebas de fuego les sobrevengan.

El participar en los padecimientos es causa de gozo

Para Pedro, la razón por las que los cristianos padecían, no era tan importante como el resultado de ello. Cuando eran oprimidos y probados, se les estaba concediendo el privilegio de participar de los padecimientos de Cristo (4.13). Eso era causa de gozo. El gozo de padecer con Cristo en este mundo era una experiencia que los prepararía para la revelación de Su gloria. Luego, cuando la gloria se manifestara, el gozo actual se convertiría en una alegría indecible.

La idea de que los cristianos, por su propio padecimiento, están vinculados a la vida y ministerio del Hijo de Dios, se da en otra parte de las Escrituras. Pablo escribió: «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia» (Colosenses 1.24). Tal vez, Pablo estaba diciendo que la misma vida de obediencia a Dios que le produjo padecimientos a Jesús también le produciría padecimientos a Sus discípulos. En Cristo hay una obra que debe hacerse. Cuando el pueblo de Dios predica el evangelio y vive piadosamente, ellos están, en cierto sentido, completando la obra que Cristo hizo. De modo parecido, cuando son perseguidos por ello, están

completando Su padecimiento. El ser partícipes de la obra y los padecimientos del Hijo de Dios es causa de gozo.

El glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros

El Nuevo Testamento contiene otras bienaventuranzas, además de las que se encuentran en Mateo 5.1–12. En el Sermón del monte, Jesús dijo: «Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo» (vers.º 11). Puede ser que Pedro hubiera estado citando palabras que él recordaba haber oído de labios del Señor. De todos modos, es interesante descubrir que las palabras que se traducen por «vituperados» y «bienaventurados» en 4.14, sean las mismas que se mencionan en Mateo.

Cuando los cristianos padecían injustamente, Pedro decía que «el glorioso Espíritu de Dios» reposaba sobre ellos (4.14). No obstante, el idioma griego permite un mayor énfasis en la palabra «glorioso». El apóstol pudo haber estado diciendo algo parecido a lo que sigue: «El aura de la gloriosa presencia de Dios y el Espíritu de Dios reposan sobre vosotros». En el Antiguo Testamento, la frase «la gloria del Señor» sugiere esta santa aura de la presencia de Dios. En Éxodo 24.15–16, por ejemplo, se lee: «Entonces Moisés subió al monte, y una nube cubrió el monte. Y *la gloria de Jehová* reposó sobre el monte Sinaí» (énfasis nuestro). En escritos judíos posteriores, la palabra *shekinah* fue usada para designar la sobrecogedora presencia de la gloria de Dios. Tal vez Pedro estaba diciendo que, en un sentido espiritual, la gloriosa aura de la presencia de Dios rodeaba a estos cristianos cuando ellos eran humillados o insultados por Su nombre.

Padeced por lo noble, jamás por lo innoble

El llamado a la vida santa es un estribillo recurrente en 1^{era} de Pedro. Es casi tan básico para el tono del libro como lo son los temas del padecimiento y de la segunda venida de Cristo. El apóstol hizo un llamado general a la santidad en 1.14, y siguientes. El sentido de 2.12, es parecido al de 4.15. Un especial encargo en el sentido de ser santos les fue hecho a los siervos en 2.20, y a las mujeres en 3.1–2. La idea fue dominante otra vez en 3.8–17.

«Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón,...», dijo Pedro en 4.15. Él añadió, usando términos más generales, que ningún cristiano debía padecer como malhechor. Todos estos términos son bastante directos, pero el cuarto de la lista es considerablemente más difícil.

En la NASB se lee: «molesto entrometido». Al traducirlo por «entrometido», la NVI sigue el sentido tradicional mostrado por la Reina-Valera: el que se «[entremete] en lo ajeno». La palabra griega que le da origen a esta traducción, no fue usada en el Nuevo Testamento ni en escritos seculares, previo a su aparición aquí. Hay quienes sugieren que Pedro acuñó la palabra. Entre los significados que se han sugerido están: «hacedor de travesuras» (RSV), «mago», uno que oculta bienes robados, hombre codicioso, y revolucionario. En realidad, los mejores estudiosos del idioma griego no tienen certeza de lo que el término significa.

NO SE AVERGÜENCE NINGUNO POR LLEVAR SU NOMBRE (4.16–18)

Es vergonzoso que un hijo de Dios padezca como malhechor, pero sufrir como cristiano, decía Pedro, es una ocasión para glorificar a Dios (4.16). En el Nuevo Testamento, la palabra «cristiano» aparece sólo tres veces. Pedro la usó una vez y Lucas, dos (Hechos 11.26; 26.28). Es muy posible que la palabra «cristiano» fuera un término de mofa y de burla, la primera vez que lo usaron los incrédulos, pero sucede a menudo que la gente adopta los epítetos que sus enemigos les endilgan y los llevan con honor. Los que han buscado la manera de insultar a los habitantes de mi estado, Virginia Occidental, les han llamado «hillbillies».¹ Hoy día, a muchos de nosotros nos alegra que nos llamen así, y estamos orgullosos por ser de las hermosas montañas verdes de Virginia Occidental. Es difícil burlarse de una persona cuando ella adopta el mismo nombre, cuya intención era degradarla. Para aquellos que creen que Jesús es el Cristo y les agrada obedecerle a este, ninguna otra palabra los describe mejor que el nombre cristiano.

Los conversos primitivos adoptaron el nombre de cristianos de buena gana, pero tenían dificultad para entender por qué Dios les había dejado padecer. Debió haberles parecido que la justicia había hecho sus maletas y se había marchado del mundo. A veces nos parece que así es. Los inocentes sufren, los buenos son aplastados por los que tienen poder, riquezas e influencia. La queja del que dice que «no hay justicia en el mundo» es un eco de Job, que pasa por los Salmos y Jeremías (vea Job 24.1;

¹ N. del T.: Campesino de las regiones montañosas del Sur de los Estados Unidos; rústico, palurdo, zafio, patán, paleta, gañán (Torrents dels Prats, Alfonso. Diccionario de inglés americano. Editorial Juventud, S.A. Provenza, 101 - Barcelona, España, 1983).

Salmo 10; Jeremías 12.1–2). No había duda de que los cristianos de Asia Menor se preguntaban por qué Dios no llevaba a cabo Su juicio contra sus opresores. La respuesta de Pedro era que Dios juzgaría. Tal juicio se llevaría a cabo a su tiempo y a su manera, pero que lo haría, lo haría, y que lo haría, lo haría (4.17).

Tan extraño como parezca, Pedro vio indicios de que el juicio de Dios vendría sobre los impíos en el hecho de que sus primeros lectores estaban padeciendo. El juicio de Dios ya había comenzado; había comenzado por la casa de Dios. Tal como en los tiempos del profeta Habacuc, Dios estaba usando a gente más impía que aquella que lo confesaba como Señor, para castigar y reprender a Su pueblo. Del mismo modo que Habacuc no dejó duda alguna de que Dios, a su debido tiempo, juzgaría a los caldeos, Pedro tranquilizó a sus lectores diciéndoles que Dios juzgaría a sus opresores. Se nos recuerda nuevamente de que para Pedro y sus lectores, el fin de todas las cosas se había acercado (4.7). Incluso entonces, ellos observaban indicios de Su poderoso brazo castigando, moldeando y preparando a Su pueblo al igual que el oro es probado por fuego (1.6–7). Su juicio había comenzado. Si había comenzado con los cristianos, preguntaba Pedro de modo retórico, ¿cuál será el fin de los que no obedecen al evangelio de Dios? Era una plena certeza la que los consolaba y les daba poder para continuar su lucha y transformar su mundo. Los que tienen la convicción de que viven en el final de los tiempos, toman toda decisión de la vida desde una perspectiva diferente.

Si no me equivoco, lo que la iglesia del Señor necesita hacer, es un examen introspectivo acerca de cuál es su verdadera expectativa de la segunda venida del Señor —o de la ausencia de tal expectativa, como bien puede ser el caso de algunos. Es cierto que los cristianos enfrentan oposición en el mundo contemporáneo, pero en comparación con lo que los primeros lectores de Pedro experimentaron, las tribulaciones que nos acosan a la mayoría de nosotros son leves. Tal vez esto sea por que el mundo moderno es más amable y tolerante que el mundo del primer siglo. Esa es una posible razón, pero la razón más probable, por la que el mundo no se opone ni persigue tanto a la iglesia moderna, es por el poco sentido de urgencia que la iglesia tiene de su tarea.

Pedro hace en 4.18, una cita de Proverbios 11.31: «Si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador?». Es poco el sentido que tal cita pueda tener para nosotros cuando no

tenemos ni idea de la dificultad de la salvación para el justo ni sentimiento para el juicio de los impíos y pecadores. Si la iglesia ha de renovarse, ello será cuando estemos tan expectantes y tan ansiosos por la segunda venida del Señor, como lo estuvieron los primeros cristianos. «El fin de todas las cosas se acerca». «Amén; sí, ven, Señor Jesús».

NO TEMÁIS ENCOMENDAROS AL FIEL CREADOR (4.19)

Pedro luego abordó el principio fundamental del modo como sus lectores debían tratar los padecimientos que habían dominado sus vidas desde que se habían hecho cristianos. Ello suponía dos distintos encargos.

Encomiéndense al fiel Creador

Pedro les dijo que encomendaran sus almas a un fiel Creador (4.19). Encomendarle algo a alguien, es entregárselo a esa persona. La misma palabra griega que se traduce por «encomendar» en este versículo, es la que usa Pablo en 2 Timoteo 2.2: «Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles».

Para el tiempo cuando alcanzamos la edad adulta, la mayoría de nosotros ha tenido algunas malas experiencias al encomendarnos a otros. Hemos sido traicionados algunas veces. Se torna cada vez más difícil entregarnos a alguien o algo. Pensamos que entre más independientes seamos de otro, y entre más autosuficientes podamos llegar a ser, mejor será. Obviamente hay un problema con lo anterior: El veredicto final es que no somos autosuficientes. «Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo» (Isaías 40.6). Pedro citó este pasaje en 1.24. Su incapacidad para responder las interrogantes que sus lectores tenían acerca de su sufrimiento, era tanta como la de Job, pero de una cosa sí estaba seguro, y es que sólo hay uno, al cual podemos encomendarnos. Cuando Pedro apremió a los cristianos a encomendarse al fiel Creador, él esencialmente llegó a la misma conclusión que Job: «Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti» (Job 42.2).

Sigan haciendo el bien

La NASB traduce la última frase de 4.19, un poco diferente de la NVI. Mientras en la NASB se lee: «Encomiéndense a un fiel Creador en lo que hacen el bien», en la NVI se lee: «Entréguele su alma a su fiel Creador y sigan haciendo el bien». El sentido que lleva es que uno se entrega a Dios a través de hacer el bien. Las dos acciones son

simultáneas. En la NVI suena como si se tratara de dos cosas distintas: Una es entregarse uno al fiel Creador; adicionalmente, otra es seguir haciendo el bien. Entregarse uno a Dios no es una abstracción. Uno se entrega a Dios mediante hacer el bien. Es más, uno aprende a entregarse a Dios mediante hacer el bien. Jamás me han impresionado las abstracciones encumbradas. Es asombroso cuán fervorosamente podemos amar a Dios cuando somos parte de un círculo, teniendo nuestras Biblias abiertas, estando acompañados de nuestros amigos, sin embargo, cuán demoníacos podemos llegar a ser cuando se nos ha lanzado al mundo.

Aunque gran parte de la obra judía conocida como el Talmud nos podría parecer trivial a muchos de nosotros, en ella hay algo de gran perspicacia. Un discípulo se acercó una vez a un rabí con la pregunta: «¿Cómo puedo aprender a amar al Señor?». El sabio rabino le respondió: «Imagine lo que haría si amara al Señor del modo que desea. Hágalo, y llegará a amarlo». La recomendación de Pedro no parece muy diferente. «Encomiéndense a Dios», les decía. ¿Cómo podemos encomendarnos a Dios? Nos encomendamos accionando entregadamente. Al menos, tan ciertamente como nuestras acciones determinan nuestras actitudes, nuestras actitudes determinan nuestras acciones.

CONCLUSIÓN

Los «fuegos de prueba» que tanto tienen que ver con el contenido de 1^{era} de Pedro, se nos exponen en 4.12–19, con una fuerza que no se encuentra en ningún otro lugar de la carta. Pedro les dijo a estos cristianos que respondieran a la persecución de dos maneras: 1) renovar su compromiso con una vida santa, y 2) esperar la segunda venida del Señor. No es que el tema de estos versículos sea diferente del resto de la carta, sino que el mensaje es más apremiante aquí. La severidad de sus tribulaciones hizo que Pedro les recordara el juicio a sus lectores, un juicio que, según ellos podían observar, ya estaba comenzando. Pedro fue de lo pequeño a lo grande cuando hizo una pregunta. Si el purificante juicio de Dios es difícil para los cristianos, ¿cuánto lo será para los desobedientes al evangelio?

Este pasaje tiene un gran mensaje para la iglesia de Cristo de hoy día. El mensaje es este: Vivimos en los postreros días. El Señor viene pronto. Seremos un pueblo bienaventurado si se nos deja sufrir con Él ahora, y así podamos gozarnos con alegría cuando Su gloria sea revelada. ■